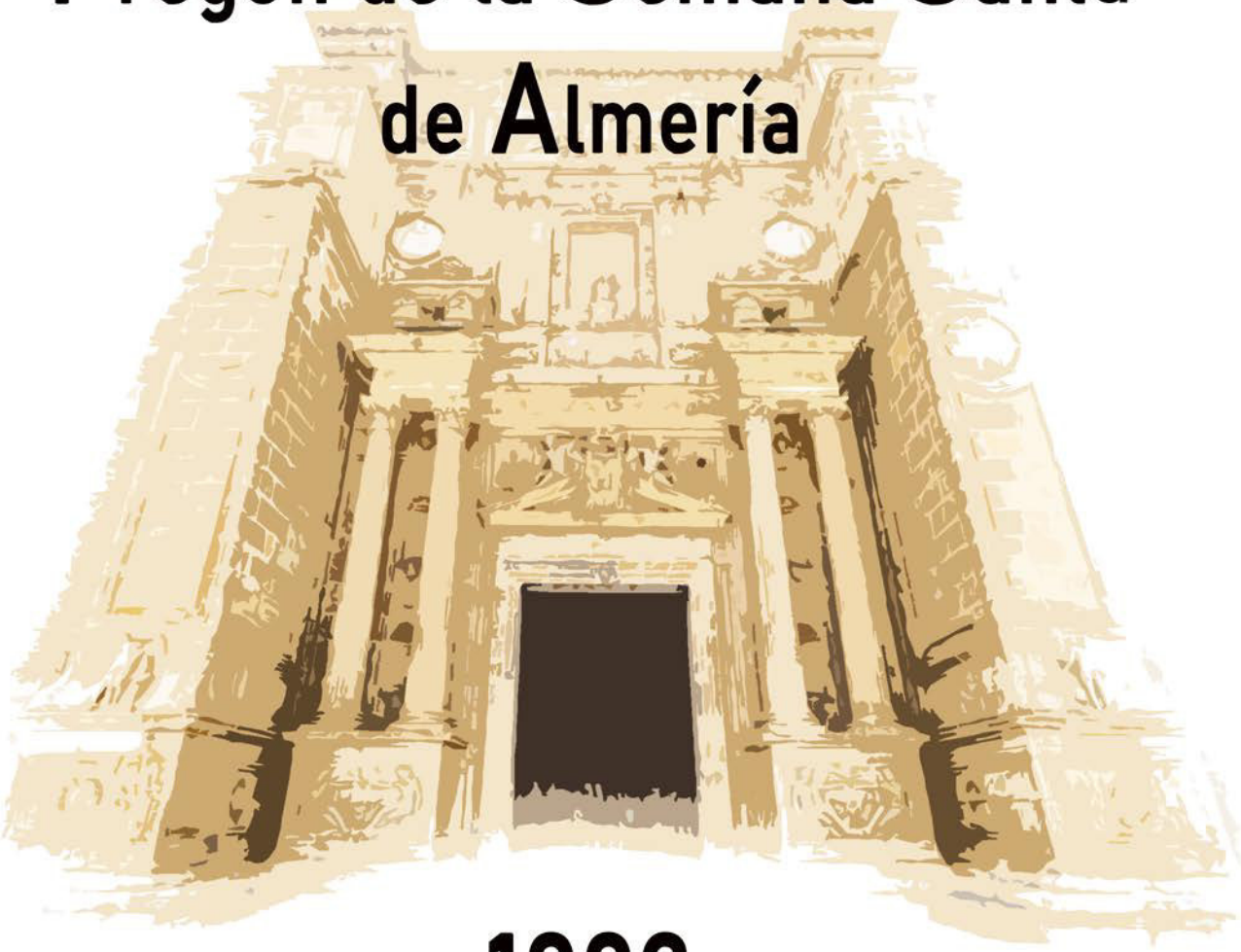
Agrupación de Hermandades y Cofradías de Almería

Pregón de la Semana Santa de Almería



1993

- Matías Prats Cañete -

No hace mucho tuve la ocasión, rica en resultados de intervenir aquí, en Aguadulce, Almería, en el curso de verano organizado por la Universidad Complutense. La ponencia en la que intervine (hubo otras muchas), era ciertamente insólita y no solo por su temática, la Semana Santa Andaluza, hasta ese momento poco o nada habitual en los foros universitarios, sino también por las fechas en que se celebró, lejos de la liturgia primaveral de la Pasión de Jesús, metidos ya, como estábamos, en pleno estío almeriense. Sin embargo, la idea fue un éxito y como tal hay que agradecerlo. Otros tantos escritos fueron la organización del proyecto y los frutos obtenidos, muchos y buenos, a juzgar por lo que allí libremente se expuso y se debatió. Personalmente, pienso que todos los que intervinimos en la Ponencia y la siguieron "in sito" o a través de los medios de comunicación salimos gananciosos, no solo por la altura del debate; también por las conclusiones alcanzadas. De aquella Ponencia sobre la Semana Santa de Andalucía (en la que de Almería ocupa un lugar preferente) salió mi compromiso para actuar como pregonero en los fastos pascuales del 93. A tal efecto – ya lo ven – mi osadía sólo es superada por el honor que se me otorga, por la satisfacción personal y profesional de recalar con curiosidad y cariño en Almería, en su Semana Santa, yo, que prevengo de otras próximas (Granada, Málaga, Córdoba, Sevilla), objeto Almería también, de tantas transmisiones radiofónicas y televisivas, como la del Santo Sepulcro y María Santísima de los Dolores de la que soy Hermano Mayor Honorario. Nunca es tarde, pues, ya me siento dichoso al acudir a este acto-prólogo de la Semana Santa Almeriense, no ya como reportero apasionado, sino como pregonero exaltador, convocador, de cuanto es y significa la liturgia procesional de Almería. Gracias a quienes me brindaron esta preciosa oportunidad, y perdón anticipado por cuantas limitaciones voy a exhibir ante un acontecimiento que a todas luces me sobrepasa. Pido a Cristo Jesús en la advocación tan vuestra del Cristo de la Escucha, y a vuestra Patrona Nuestra Señora del Mar, que me den discernimiento y consejo para bien pregonar.

Del verano a la primavera he notado algún cambio fundamental en Almería y en sus gentes. No me refiero a la tonalidad de su cuello ni a la fragancia de su tierra, ni a la luz que irradia su atmósfera, siempre única, ni a la belleza recóndita de sus calles. Tampoco al estadillo de vida, inocultable, que toda primavera supone, y más aún ésta, donde toda creatividad se manifiesta. No me refiero – aunque los motivos existen y son dignos de inspiración – a los reflejos de oro que el Sol pone sobre la Alcazaba; ni a ese remanso de siglos, bellísimo, prestigiado por la pátina del tiempo, que es la Almería del caso antiguo; ni me refiero ahora, cuando hablo del cambio fundamental que he percibido en Almería, al aire renacentista que se repita por la calle de la Reina, Pedro Jover o por la calle Real, o por la calle Mariana y el barrio de la Almedina, llenos de sones cofradieros. No, el cambio al que yo me refiero es más bien de predisposición, de actitud, más de espíritu que de las cosas: es, como dijo un ilustre pregonero que me precedió, un "algo" que es del alma de Almería, que podría medirse por las calles y geranios, por renuncias y amores, pero también – añado yo – podría medirse por bondad, por acercamiento humano, por comunión, por arrobamiento artístico, por alegría, por piropos, por saetas, por alegrías…

¿Qué pasa en Almería en su Semana Santa que tan transformada se la nota? ¿Qué les ocurrió a sus hijos, tan trascendidos, tan orantes, tan peregrinos, tan elevados, tan sentidores? Yo no tengo la respuesta, al menos la respuesta entera, por mucha que sea mi experiencia cofradiera, porque cada ciudad es un mundo y cada persona una sima (¡y una cima!)

insondables e inalcanzables. Mis respuestas, a lo más, son parciales, interpretaciones subjetivas que no pasan de ser caras aisladas de ese poliedro de fantasía creadora, tradición secular y religiosidad profunda que es la Semana Santa de Almería. Por lo tanto, no voy a ser vocero, no puedo ni debo serlo, al menos en su expresión total, de una Semana Santa que, al decir de quien mucho sabía de esto, el cofrade y Presidente de Cofrades, José Luis Cantón, "no tiene siete días, sino veinte siglos; esa semana que hace que Almería se transfigure para vivir con fe y entusiasmo desbordado en sus calles y plazas la conmemoración de la Pasión, va a ser pinceladas impresionistas, pensamientos en voz alta, recuerdos personales, confidencias amigas, emanaciones de mi vivir y sentir. Por ello agradezco muy de veras a cuentos pregoneros me antecedieron (Florentino Castañeda, Seijas Muñoz, Julio Alfredo Egea, Emilio Esteban Hanza, Cantón Pavón), a la Agrupación de Hermandades y Cofradías en las personas de su Presidente, D. José Manuel Quesada y Consiliarios D. Juan López Martín, a las autoridades eclesiásticas, certeras en su orientación pastoral, a mis compañeros de profesión, a la buena gente de Almería, de cuya amistad me precio, a todos, les agradezco, digo, los buenos fundamentos y saberes que sobre su Semana Santa me transmitieron.

La Semana Pasional de Almería participa de una característica común a todas las Semanas Mayores: es un Memorial de la Pasión de Jesús, un acto de evangelización y catecumenado cristiano, un acto de devoción popular, una manifestación de Fe. Pero al lado de ese rasgo común, la Semana Sana de Almería es – o así me lo parece – la suma de otras muchas cosas que intentaré desvelar a mi modo y manera. De entrada, he aquí la permisiva mayor de un silogismo que está a la vista de todos: en ninguna parte como en Almería se parecía de que la Semana Santa es indivisible, un todo infraccionable. Por eso, si alguien se nos acerca (como tan frecuentemente ocurre) para decirnos con que "no tiene nada en contra de la Semana Santa", "que la respetan", pero "que no pasa de ser una bellísima manifestación de cultura" (¡sibilina palabra, puesto que anda diciendo que hay una cultura de la droga, y una cultura de la violencia, vaya usted a saber si también una cultura de la locura y el crimen!), si alguien se nos acerca con esta embajada digamos como Cyrano de Bergerac, el fabuloso personaje de Rostand, ¿"no, gracias"?. Nunca como en estos tiempos que vivismo se ha respetado menos aquellas cosas que se dice respetar. Tenemos que vacunarnos. Si alguien, so pretexto de agnósticos, o ateos, o tibios, o creyentes no practicantes (esta es la última moda), se nos acerca para decirnos que la Semana Santa es sobre todo imaginería, belleza, costumbrismo y tradición ¡cuidado!, estamos ante un detractor de la Semana Santa del corazón y la fe.

La indivisibilidad de la Semana Santa se aprecia muy bien en Almería, y tengo argumentos para afirmarlo. Permítanme que cite y apoye en una autoridad en la materia: Bartolomé Marín, Doctor en Filosofía y Letras y Miembro de la Real Academia de Córdoba, ciudad tan próxima a mí por nacimiento y querencia. En un libro suyo, he leído esta extraordinaria definición de la Semana Santa del Sur: "De hecho – dice – la Semana Santa es una realidad misteriosa, cercana y profunda, que conmemora el acontecimiento más sobresaliente de la historia universal, el mayor acontecimiento del espíritu. En torno a él, el hombre ha convocado sus impulsos más nobles, su capacidad expresiva y artística, la explosión gozosa de sentirse miembro de una comunidad". Esta definición le cuadra perfectamente a la Semana Mayor de Almería, creativa, adornada, "una obra de arte gigante como una catedral,

un universo de formas y sentimientos pero al servicio de la Fe, la cúspide de su vida religiosa, una catedral sin muros bajo un cielo de pana negro en la primavera más hermosa del mundo".

Una ampliación quiero hacer a la anécdota magistralmente contada por Bartolomé Marín en su ya citado libro. Cuenta él, con gracejo, que Paul Claudel, escritor y académico francés, autor mariano por excelencia en su famosísima "Asunción", se convirtió al catolicismo observando las ceremonias de maitines una noche de Navidad en la Catedral de Notre Dame París. ¿Ha calculado alguien cuentas conversaciones entre no cristianos y cristianos – porque las conversación, como la Redención y la Revelación no cesan – pueden tener en su haber la Semana Santa? Cierro paréntesis y prosigo. La conversación de Claudel, según Bartolomé Marín, tiene prolongación festiva en lo que se cuenta de aquel sevillano que, impresionado "de madrugada" por el silencio imponente de la procesión de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, exclamó sobrecogido: "¿vamos de aquí, que es verdad que Dios se ha muerto!".

Es en ese punto donde o me atrevo a ampliar la afirmación espontánea del sevillano del cuento: Es verdad que Dios murió, más para resucitar y vivir eternamente en el Padre, para que nosotros los mortales, a su imagen y semejanza, vivamos para siempre en Él y con Él. El sevillano del relato lo dijo de buena fe, impresionado por tanta grandeza, con el mismo arrebato con que el centurión romano dijo aquello de "Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios". Pero fuera de estas excepciones que nadie no venga reiterando en letra impresa (y menos aún los apologistas de la nueva y perversa Ilustración, los déspotas ilustrado de este final de siglo) que Dios ha muerto, sin conceder margen alguno a la teología triunfante de la Resurrección.

De todas las interpretaciones que cabe dar en una Semana Santa tan rica y esplendorosa, como la de Almería yo, personalmente, me quedo con aquella que la ve la propia vida, como una peregrinación de Dios hecho Hombre, como una peregrinación del alma y los sentidos, unidos, inseparables hacia la fe, como un andar, y andar, y andar, de sus criaturas redimidas en cuerpo y alma en busca de la salvación. Su santidad el Papa Juan Pablo II, en su profunda Encíclica sobre la "Madre del Redentor", orientadora sobre el papel de la Virgen en el Plan Divino de la Salvación, habla de la vida terrenal de María como una "peregrinación de Fe", como un recorrido o un caminar hacia el Encuentro con Dios Padre, Ella, que procedí de Él desde el principio de los tiempo, inmaculada, sin mancha, predestinada, elegida, para ser la Madre del Salvador. (¿No os resulta familiar esto del Encuentro de Dios y la Virgen, bajo aroma de claveles y canto de saetas?). Confieso que este concepto del peregrinar hacia la fe me cautivó y lo apliqué a mi propia vida, a ese camino que va del nacimiento a la muerte, jalonado de caídas, de ofensas, de humillaciones, de gozo, de sufrimientos, de vanidades y conversaciones y que un día acabará en los brazos amorosos del Padre, coincidiendo con el fin de los tiempos y de la historia. Durante la parusía o segunda venida del Señor. En esto, María es nuestro modelo, nuestra referencia, pues con Ella en el Misterio de la Encarnación tenemos que ser "de los que creyeron, de los que obedecieron, de los que esperaron contra toda esperanza, de los que amaron…

La Semana Santa de Almería es una representación fiel de esta Peregrinación del hombre hacia la Fe, es decir, hacia al cumplimiento de su destino de salvación. En la Semana Santa de Almería, hay espiritualidad y temporalidad, alma y cuerpo; silencio, bullicio, drama y

alegría, abatimiento y esperanza, muerte y resurrección. Bastaría recordar como la sabiduría del pueblo ha acertado a expresar este ensamblaje de complementariedades en las advocaciones de sus Cristos y Vírgenes para adquirir conciencia de que nuestra vida es un peregrinar entre magnitudes que se complementan aunque parezcan opuestos; tinieblas-luz, triunfo-derrota, orden-desorden, generosidad-egoísmo, pecado-perdón, tiempo-eternidad… ¡Qué lección callada la de la Semana Pasional de Almería! Desde el Domingo de Ramos hasta el Aleluya del Domingo de Resurrección el pueblo almeriense peregrina en pos de sus Crucificados y sus Vírgenes, a su encuentro, precediéndolos, apóstoles reverentes en calle y plazas, con la instintiva comprensión de que sus Hermandades y Cofradías han acertado a unir lo que en sus corazones de pueblo creyente ya estaba unido por la unción del Espíritu: el hosanna y la paz, la Eucaristía y las Lágrimas del sereno llorar, la condena y la esperanza, el Amor y el Dolor, la súplica y la fe, la cautividad y la merced liberadora, la caída, las recaídas y la caridad, la buena muerte y las angustias, el desgarro y el consuelo y la soledad únicamente atenuada por la compañía amorosa de los San Juanistas…

Desde ahora al final del milenio – años en los que es de prever se manifiesten los signos de los tiempo, las señales inequívocas del poder providente que rige el mundo – todas las Semanas Santas, y entre ellas ésta de Almería, van a adquirir una dimensión especial en lo que significan como peregrinación hacia la Fe. Este fin de siglo es momento idóneo para dar testimonio de que es una Semana Santa de profunda religiosidad, varia pero indivisible, Memorial de Amor, clamor de misericordia, himno de bienaventuranza pero, también, sin encogimiento ni timideces, luz ofrendada al Rey de Reyes, plata, oro y galanuras, flores, candelabros, orfebrería, bordados, arte, saeta, aplauso, rezo, piropo… Semana Santa de Almería, “templo que echó a andar” por las vías y las calzadas de Portus Magnus, cuna de viejas civilizaciones. Almería, templo, pero asimismo, museo porque es de creyentes ofrecer a Dios el homenaje de la inspiración y el arte, de lo que fuimos históricamente, el viejo espíritu ya acrisolado de razas y culturas (moros, cristianos y judíos convivientes en la Plaza de la Catedral y en la Almedina, mozárabes y muladíes de la Alcazaba) que dejaron su huella en la ciudad; y porque es de barroco – Montañés, Roldán, Juan de Mesa – e hicieron germinar un taller de expresiones netamente almeriense, con la maestría de Juan Cristóbal Perceval a la cabeza, entender que ese procesionar de imágenes que llevan las firmas de Castillo Lastrucci, Coullaut Valera, Navas Parejo, es un perfume de fe deslizante en las noches santas de Almería.

La Semana Santa almeriense no es un híbrido extravagante de religión y paganismo, como insinúan malévolamente los velados detractores de la extroversión y la exuberancia andaluzas. Mal que le pese, la Semana Santa de Almería es como esa sal evangélica que sazona la incredulidad humana; como esa palabra popular, sencilla, por todos entendible y a todos asequible – parábola, en fin – que exaltó San Pablo en una de sus cartas a los corintios.

Leía yo semanas atrás un libro de James Lovelock sobre las edades de nuestro planeta Tierra, cuando la televisión me ofreció un programa en el que Jesús Hermida, el popular presentador, rodeado de un panel de brillantes invitados, preguntaba a éstos, al público asistente al estudio y al público en sus casas, si creían o no en la existencia de una Vida después de esta vida terrenal, o si todo acababa aquí, en este mundo, o había una inmortalidad del alma y por tanto, una eternidad. Como quiera que andaba yo dándole vueltas

a este pregón, no pude por menos que poner unas cosas y otras en relación, quizás para contrastar las explicaciones racionistas de la existencia, con aquella otra que dimana de la fe. El libro de Lovelock, físico y geólogo inglés de gran prestigio, es una experiencia más, la última por ahora, sobre cuál es la biografía del mundo en que vivimos, nuestro planeta. Pido perdón si, por breve, soy al mismo tiempo simplista.

James Lovelock considera al plantea Tierra como un organismo vivo y no como una suma de muchos organismos independientes, y por lo mismo, enteramente relacionado con el concepto vida. Lo característico de la vida, de todo lo que está vivo, es su sometimiento a leyes imperativas. Una de las leyes de la vida, la primera, es la energía, la capacidad de realizar trabajo, una energía que permanece, que siempre se conserva, aunque parezca lo contrario. Otra ley, la segunda, se ocupa de redistribuir esa energía en una determinada dirección: siempre pendiente abajo, y en esto hay que fijarse: los objetivos calientes se engrían, pero nunca al revés; el agua no fluye río arriba desde el mar a las montañas; todo lo vivo declina, decae, se consume; lo que nace crece, se desarrolla y muere; todo lo que se mueve lo hace hacia abajo; hacia su paralización. Y así, hasta el final de los tiempos, hacia el Apocalipsis. ¿Pero es eso realmente así? ¿Es posible que el destino de nuestro planeta y de sus moradores sea la inmovilidad final, la cesación de toda la vida? ¿Es posible que el final de la conciencia de ser sea la nada? ¿Es admisible que el fin del Cosmos, del Orden, de la Creación sean el Caos, el Desorden, la Destrucción? Esto, afirman los positivistas, los que se empecinan en no ir más allá de lo temporal, de lo sensorial, de lo experimental. Pero la respuesta trascendental a este enigma propuesto por la ciencia – la respuesta definitiva, quiero decir, y con ello empalmo con el tema que nos ocupa, la Semana Santa a la luz de la Fe – es el entendimiento del hombre y el universo como fenómenos trascendentes, abrazados a la creencia de que fuimos y somos creados a imagen y semejanza del Creador para una vida eterna; abrazados a la creencia de que nuestra sustancia es divina; abrazados a la creencia en un orden superior de vida prometida – la vida eterna – a la que se llaga tras un peregrinar angustiado jalonado de dudas, de frustraciones, de dolores, de cruces. Esta repuesta está inscrita en nuestra Semana Santa porque es la repuesta que Dios Padre le dio al hombre enviándole a su Unigénito Jesús, el Mesías Salvador. Esta es la explicación que la Fe regala a la ciencia. Tras el enigma inexplicado científicamente está la Revelación, la palabra de Dios, Jesús nacido de María, Jesús hecho hombre, Jesús de Pasión, Jesús que vive y muere en un tiempo histórico, ¡pero que resucita!

En Almería tenemos la suerte de contar con una representación de la Pasión de Jesús que es todo un Memorial de Fe actuante. El espíritu religioso del pueblo almeriense intuye, primero y luego cree, que esta vida es el tránsito a otra vida, que la Fuerza del Espíritu nos renueva, que hemos sido salvados y que – y esto es lo más decisivo – así como estamos muriendo a cada instante desde que nacemos en una dimensión terrenal, de igual manera "estamos resucitando" por la Redención de Jesucristo. La Semana Santa de Almería parece decírnoslo así con sus singulares características diferenciadoras, en sus dos polos de devoción popular que son el Cristo de la Escucha y Jesús Resucitado, el Cristo que nos dice "no temas, ¡escucha!", y ese otro Jesús glorioso en la apoteosis de su triunfal resurrección; el Cristo de los claveles rojos como la sangre vertida, y el Cristo-Hijo que vuelve al Padre con los claveles blancos del sacrificio cumplido.

Almería asume la Pasión y Muerte redentora de Jesús pero también, con más fuerza aún, cree y asume su Resurrección y Ascensión a los Cielos; cree en un Alfa y un Omega, en un Comienzo que es Fin y en un Final que es Principio, en un Dios que nos da la vida en este mundo para que al quemarla (como sucede con los granos de incienso) perfumemos y abramos el camino de la restitución salvadora en el otro. Almería conoce muy bien estas dos puertas que al hombre se abren por designio de su Creador, temporal la une, eterna y definitiva la otra. Entre estas dos puertas, entre ese comenzar y recomenzar se halla el Misterio sublime de la Pasión, que se abre con el Cristo de la Escucha, todo oídos, perdonador, y culmina de par en par, ascendente, en Jesús Resucitado.

El Cristo de la Escucha – en palabras más autorizadas que las mías – es el símbolo penitencial más antiguo para descubrir los orígenes de la Semana Santa de Almería; por algo es su imagen primera, la más permanentemente reverenciada, la más decidora también. La leyenda cuenta que su imagen fue encontrada después de la expulsión de los moriscos en una casa situada en la calle Lope de Vega; un Cristo emparedado que pugnaba por hacer oír una y otra vez: ¡escucha! En esta petición o admonición legendaria hay encerrado un formidable potencial evangélico y apostólico dirigido al pueblo, sin intermediaciones directamente, y así lo entendió éste entronizándolo y dándole culto. "¡Escucha!" – parece decirnos – aunque como a Mí te tengan secuestrado y cautivo, aunque como a Mí te incomuniquen tras los muros de la persecución y la condena, aunque te humillen, aunque te prendan y te azoten, aunque te claven en mi nombre sobre una cruz. El Cristo de la Escucha podría ser el de las Siete Palabras. Y, también, la advocación que comprendía todas las advocaciones de los Cristos de Almería.

Porque en Nuestro Padre Jesús entrando en Jerusalén a lomos de la Borriquilla hay un Cristo que entre hosannas y aleluyas nos dice ¡escucha!

Porque en la última Cena – un momento máximo de amor a los hombres, la institución del Sacramento de la Eucaristía – hay un Jesús de la ofrenda del Pan y el Vino, su Cuerpo y su Sangre, que clama mendicante: ¡escucha!

Porque en Jesús de la Sentencia, el Jesús justo injustamente condenado por el poder temporal, hay un Dios hecho Hombre que en silencio, mudo, dice a sus jueces; ¡escuchad! en vuestros corazones la voz de la justicia.

Porque la imagen del Santo Cristo del Perdón, procesionada por la Hermandad más juvenil de Almería, hay un Hijo amantísimo que ruega al Padre: no les escuches a ellos, sino a mí, porque no saben lo que dicen.

Porque en el Santísimo Cristo del Amor hay un Crucificado que pido, solicito que le escuchen, que no hay muestra mayor de amor por los demás que entregar la propia vida.

Porque en la noche del Miércoles Santo, cuando los nazarenos de estudiantes casan de la Catedral a Nuestro Padre Jesús de la Oración en el Huerto, se le está mostrando al pueblo almeriense la actitud suplicante del Hijo que le dice al Padre "aparta de mí este cáliz de amargura pero no me escuches si no es tu voluntad".

Porque en Jesús Prendido y en Nuestro Padre Jesús Cautivo de Medinaceli hay una

Víctima inocente que calla pero no otorga, que deja hacer mansamente, que apenas si reprende a Judas ("¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?"), que escucha sin rebeldía la farsa oportunista de Anás y Caifás: "Conviene que un hombre muera por el pueblo".

Porque Jesús Nazareno bajo el peso de la Cruz, en la subida al Calvario, busca anhelante entre la turba que le acosa alguien a quien escuchar una palabra de amor y de piedad.

Porque ¿quién puede escuchar sino el Padre a un Hijo muerto de Buena Muerte, llegado, inerte, que ha expirado diciéndole "en tus manos encomiendo mi espíritu"?

Porque a Cristo descendido de la Cruz por los brazos amorosos, en silencio,¡El Silencio!, ¡qué homenaje mejor puede rendírsele que seguir sus pasos, tomar su cruz y reescuchar una y otra vez el eco de sus palabras: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

Porque a Cristo Yacente, el Cristo de los Nazarenos del Santo Sepulcro labios yertos, cuerpo exánime sobre la blancura del sudario, sólo le escucha la Madre de todos los Dolores, la Soledad…

Toda la Semana Santa de Almería, arranca del Cristo de la Escucha y termina en Jesús Resucitado. Escucha en la Tierra; Resurrección para el cielo. Las Tinieblas han quedado atrás desgarradas por la luz. En la claridad del domingo más alegra del año litúrgico la ciudad entera nace a la conversión de la fe mientras las campanas repican dobladas por ángeles y querubines. Guiones de Cofradías y Hermandades; hermanos cofrades que lucen al aire almeriense la variedad de sus capas de colores, capuchones de penitencia al brazo, cabezas descubiertas; regueros de sonrisas por las calles de un pueblo amanecido al gozo de la Resurrección. No hay verdad más firme ni más exigente en nuestra peregrinación hacia la fe que ésta de la Resurrección, por nadie mejor guardada en su corazón (no podía ser de otra manera) que por María Madre, Primerísima entre los creyentes y Primerísima en la obediencia ("hágase en mí según tu Palabra"), Ser Único y Privilegiado que supo sufrir como Mujer y gozar como Corredentora, Iris de alegría pascual entre un celaje de lágrimas. Y desde la alegría de la Resurrección desde donde hay que entender la promesa de Jesús de Nazaret: "Yo soy la verdad, el camino y la vida". Lo que es tanto como decirnos "yo soy la verdad de la resurrección para llegar a ella, yo soy la vida resurrecta, plena, eterna. María, Madre de Dios, fue la primera criatura humana que guardó en su corazón la grandeza de este mensaje, y esto se percibe en la expresión de las Vírgenes almerienses, luz de resurrección, pena de Pasión y muerte, serenidad de Fe, Dolores de Madre. Dícese que quizás María no comprendiese del todo y en todo su alcance el gran Misterio de la concepción en sus entrañas del Dios que habría de redimir y salvar al mundo, pero Ella creyó sumisa ayudada por la gracia del Espíritu. Jamás vaciló. Jamás dudó. Sabía, porque así se lo profetizó Simeón en la presentación de Jesús-Niño en el templo, que habría de sufrir muchos y grandes dolores en su vida, pero, aun sabiéndolo, siguió esperanzada los pasos del hijo porque más allá del calvario y de la cruz lucía un horizonte de Resurrección y Vida.

La Semana Santa de Almería capta muy bien estos sentimientos encontrados de María:

Por eso se leen en su rostro, íntimo y pudoroso bajo el palio, los sentimientos de Angustia y la Esperanza, de la Amargura y el Consuelo, del Primer Dolor y el Amor, de los Dolores y la Paz, de la Soledad y la Fe y la Caridad.

Por eso, Almería se rinde al paso de esas Vírgenes-Madres, casi niñas, de manto blanco, palomas de amor, que ocultan bajo un gesto dolorido una mirada de ensoñación.

Por eso, Almería se sobrecoge ante esas Vírgenes-Madres, casi niñas, maduras en sufrimientos, maceradas por el dolor, que nimban el negro riguroso de su manto con el lenitivo próximo de la alegría pascual.

Por eso, Almería jale y canta, y piropea, cuando desfilan por sus calles esas Vírgenes-Madres, casi niñas, que cubren con su manto de Amor y Esperanza verde esmeralda, derramado desde sus hombros la amargura dulzura de la Redención.

Vírgenes-Madres, casi niñas, con las que los almerienses no sabe qué hacer, si llorar con ellas o piropearlas, si acompañarlas en su sentimiento, como hicieron las santas mujeres, o si mecerlas riendo, cantando, porque es cosa sabida y cierta, materia de fe, que junto a los Misterios Dolorosos están los Gozosos, y por encima de ambos, los Gloriosos, aquellos que comienzan con la Resurrección de Jesús, siguen por su ascensión a los cielos, por la venida del Espíritu Santo al Colegio Apostólico – en donde está María – para terminar, triunfantes, en la asunción de la Virgen en cuerpo y alma, ¡fijaros bien!, en cuerpo y alma, sin sombra de muerte, Pura, Intacta, Inmaculada, Incorrupta, coronada y exaltada entre ángeles y santos.

Bendito pueblo éste que ha sabido situar en la calle a hombros de los costaleros – los penitentes costaleros de la Semana Santa de Almería, fervorosos siempre, nunca mercenarios – la gravidez amorosa de los pasos de Jesús y la Virgen.

¡Bendita tú, Almería, limitada en recursos materiales pero inmensamente rica, pródiga me atrevo a decir, en dones de Espíritu, en caridad, en gozo espiritual, en paz, paciencia y longanimidad, en bondad, en fe, en modestia, en benignidad, en piedad…!

¡Bendita Semana Santa ésta, ordenada en sus Reglas penitenciales, piadosa en sus Triduos pascuales y sus Vía Crucis. Pregonera del Amor, el Dolor y el Gozo, fastuosa pero caritativa, hermanadora de la Luz, el Silencio y la Escucha, ejemplario sublime de la Pasión del Redentor por las calles rampantes – ¡Vía ascendente! – de la Almería cristiana, creyente y practicante!

¡Bendita tú y tus hijos que sabéis CREER, CREAR y CURAR!

Almería, a 19 de marzo de 1993

Día de San José

Auditorio Maestro Padilla